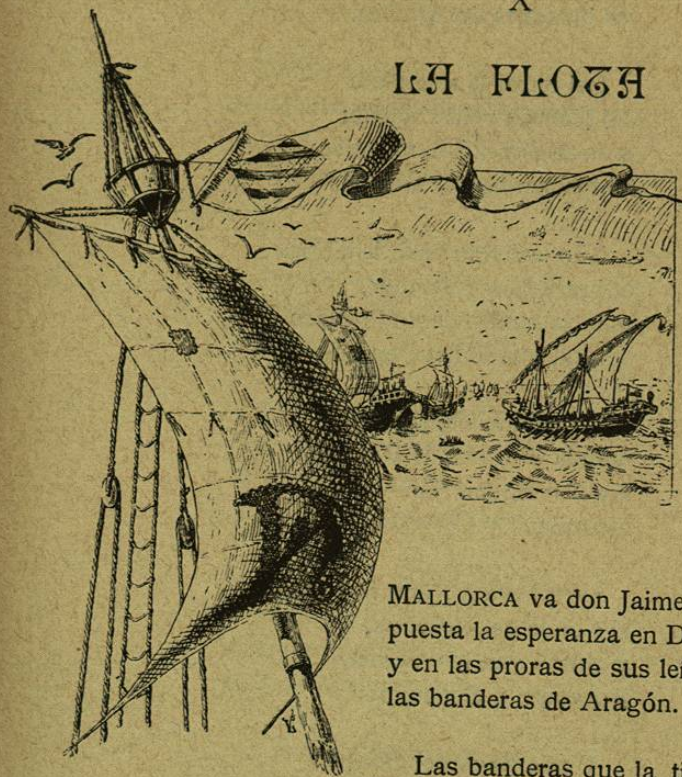


X

LA FLOTA



MALLORCA va don Jaime,
puesta la esperanza en Dios,
y en las proras de sus leños
las banderas de Aragón.

Las banderas que la tierra
de rodillas acató;
por las que Roger de Lauria
respondió al Conde de Fox,

que de su Rey sin licencia
ni una nave el mar surcó,
ni asomó un pez de sus olas
bajo la clara extensión;

que en señal de vasallaje
no mostrara al rojo sol,
sobre su cota de escamas,
los blasones de Aragón.

Del terral la ventolina
las blancas velas hinchó;
la flota empezó á moverse
de los clarines al son.

Tan sediento está de glorias
el bravo Conquistador,
que cualquier viento le place
con tal que le lleve en pos.

La galera Capitana
manda el vizconde Ramón,
á quien siguen San-Vicens,
Mataplana y Cervelló.

Otra lleva á Nuño Sánchez,
el Conde del Rosellón,
y con él van los Vernet,
Rocaberti y Espanyol.

Y á la nave del Obispo
En Berenguer de Palou,
á quien prestan obediencia
Tayava y Guillén Ramón,

sigue la nave del Temple
que manda el Comendador,
y detrás las que Marsella
al rey don Jaime envió.

Representando á Narbona
en tan solemne ocasión,
va un navío de tres puentes
que grande asombro causó.

Todos compartir quisieron
de aquella empresa el honor;
junto al pendón de Provenza
flota el genovés pendón.

Trabuces y galeotas
como enjambre van en pos;
tóridas con los corceles
que relinchan de pavor;

detrás, barcas que tripulan
con alegre confusión
chusma y gente allegadiza
que con la fama acudió,

y en cuyas filas se mezclan
el marino y el peón,
el arquero y el judío,
el fraile y el vendedor;

con el golfín castellano
el juglar del Languedoc;
y el almogávar indómito
con el gentil trovador.

Tras de todas va la nave
del alemán En Carroz:
dieciséis mil combatientes
siguen al Rey de Aragón.

En cotas, yelmos y picas
se refleja el vivo sol,
y en el ancho mar las armas
vestidas de resplandor.

Como lucen los bridones
en la gualdrapa el blasón,
las regias naves ostentan
cien pavese en reedor;

y en sus mástiles tremolan
con vistosa profusión,
señeras, pendones, flámulas
de brocado y tornasol.

De Montpellier la galera
manda su regio Señor,
que, á fuer de buen Almirante,
barcos y gente ordenó.

Y en lanchas que desafían
de los mares el rigor,
legiones de aventureros
se embarcan con su ambición.

Hace un heraldo la seña:
la chusma grita:—¡*Aa y oz!*
se tiende sobre los remos
con poderoso vigor;

y como el corcel de guerra
que el acicate sintió,
la ola en su lomo de espumas
levanta la embarcación.

A la patria los guerreros
mandan el postrer adiós,
y la patria los saluda
con inmensa aclamación.

Apenas surge la armada
de las aguas de Salou,
las naves de Tarragona
raudas la siguen en pos.

Alas de cisnes parecen
las lonas que el viento hinchó;
alas con que á la victoria
vuela el César español.

Las quietas olas hendía
de Jaime la embarcación,
cuando el viento de improviso
en *leveche* se tornó.

El cómitre y los pilotos
dijeron al Rey:—Señor,
para llegar á las islas
contrario viento se alzó;

mandad que al puerto volvamos,
y aguardad tiempo mejor.—
—Rumbo á las islas iremos,
plazca á los vientos, ó no.

Si en nombre de Dios salimos
á ganar con noble ardor
nuevo reino que le adore,
que á salvo nos ponga Dios.—

Los marinos se inclinaron
ante el nombre del Señor,
y la fe, ciega, divina,
tomó del barco el timón.

Al costado de la flota,
bogando á *toca penol*,
la nave del rey don Jaime,
la postrera que zarpó,

cortando el mar, como el viento
corta gallardo el alción,
de una soberbia bordada
dejóse la flota en pos.

Y cuando en el rojo ocaso
rodaba el disco del sol,
como adarga de rubíes
sobre purpúreo albornoz,

mudóse el viento, y cubierta
del vespertino arrebol,
Mallorca por el Oriente,
como un astro apareció.

Por no ser vista del puerto,
con discreta prevención
arrió la flota sus velas
á tiempo que el mar calmó.

Y para alumbrar las aguas
que surca el Conquistador,
la luna en el horizonte
su enorme disco encendió.

Por seña la Capitana
lleva en la prora un farol,
y otro luce sobre el mástil
la galera de En Carroz.

Uno en la cerviz del monstruo
brilla cual ojo avizor,
y el otro su aguda cola
remata en fúlgido arpón;

que entre ambas remotas luces
se arrastra mudo y veloz,
todo nervio, escama y garras,
el formidable dragón.

Profundo surco en las olas
deja el trasgo nadador,
surco enorme, do la luna
siembra estrellas en montón.

En medio de la bonanza
y del buen viento á favor,
de Montpellier la galera
sus blancas lonas largó.

Todas siguieron su ejemplo;
pero alzándose á traición
el Noroeste, una nube
del mar al cielo subió.

De la nave Capitana
el cómitre, en ronca voz,
á las *muras* y á las *drisas*
sus marineros mandó.

Mas súbito, *por la lua*
tomó el *noto* arrollador
á la nave: —¡*Arria, arria!*
grita la tripulación.

Chocan los contrarios vientos
con espantoso fragor,
y la chusma astrosa y brava
se revuelve entre los dos.

Azotados por las lonas,
que sacude el aquilón,
toman rizos los valientes,
y el viento dobla el rigor.

Hierve el pecho del Tirreno
con sorda respiración,
y con las olas, los barcos
sorbe anheloso y feroz;

mas agua y barcos resurgen
en revuelta confusión,
blancas de espuma las vergas,
lívido el mar de furor;

y á las nubes se levantan
con un impulso las dos,
la ola y la nave luchando,
la fiera y el gladiador.

Por taludes de esmeralda
ruedan barcos en montón,
reina un silencio espantoso;
fatídico, aterrador.

Cada cual oye los golpes
de su propio corazón,
de los vientos los aullidos,
del mar el grito feroz.

Roba el miedo á los más fuertes
con el habla la color;
crujen mástiles y cascos...
¡No hay humana salvación!

Dominando al mar y al viento,
suena robusta una voz;
es la voz del rey don Jaime,
que en ningún riesgo tembló.

¡Grande, sublime espectáculo,
un Monarca vencedor
en medio de la borrasca
sereno hablando á su Dios!

—¡Señor Dios de los ejércitos,
por vos Soberano soy;
vuestras son aquestas vidas
como el mar y el aquilón:

mas cuidado no sufra mengua
la hazaña que se emprendió
para ganáros un reino
fiando en vuestro favor.

Ved que si aquí sucumbimos,
perdéis la conquista Vos,
y queda huérfano y sólo
vuestro pueblo de Aragón.

Vos, por quien reinan los Reyes,
no me desoigáis, Señor,
ya que en vuestra fe seguro
nunca mi pecho temió!—

No bien terminó don Jaime
su fervorosa oración,
una idea salvadora
su pensamiento alumbró.

—¿Por qué arribar á Poblensa
del tiempo con el rigor?
Decid, Berenguer Gayrán,—
al cómitre preguntó:—

¿No hay por ventura en la isla
y en opuesta dirección,
puerto á que el viento nos lleve?
—La Palomera, Señor,

cerca de la Dragonera,
que es un altivo peñón
con un pozo de aguas dulces,
que en un tiempo probé yo.—

—Pues, boguemos de arribada,
izad velas, porque Dios
con el viento de Provenza
nos conduce á salvación.—

Reanimóse la esperanza,
multiplicóse el vigor;
á la voz de los pilotos,
la armada entera viró,

y arribó á la Palomera
del viento con tal favor,
que ni una nave, ni un hombre,
ni un remo en el mar dejó.